



El Museo Etnológico de Navarra «Julio Caro Baroja»

MONESMA, Eugenio (dir.) e IRIGARAY, Susana (coord.)

Huesca: Pyrene, Museo Etnológico de Navarra «Julio Caro Baroja», 2017, 42 min.

Este documental ha sido realizado conjuntamente por el Museo Etnológico de Navarra «Julio Caro Baroja», con Susana Irigaray como asesora y coordinadora, y por la productora oscense Pyrene, bajo la dirección y guion de Eugenio Monesma, conocido director de producciones etnográficas. Se trata del número 48 de una serie de documentales que ambas entidades llevan realizando desde el año 2002 con el objetivo de documentar y difundir las expresiones y conocimientos que constituyen el Patrimonio Cultural Inmaterial de Navarra.

El Museo Etnológico de Navarra fue creado por acuerdo del Gobierno de Navarra fechado el 2 de noviembre de 1994, siéndole asignado como sede el monasterio de Santa María la Real de Iratxe, en Ayegui. Sin embargo, a día de hoy, todavía se trata de un centro cerrado al público. Sus colecciones –que se componen de más de quince mil piezas– y el centro de documentación con que cuenta están ubicados desde 2006 en un almacén provisional localizado en Estella, mientras se estudia un proyecto de apertura en una sede definitiva, que se ha barajado ubicar en la ciudad del Ega. Estas instalaciones pueden visitarse en determinadas fechas del año y el acceso a la biblioteca es público, si bien los investigadores pueden concertar una cita con sus responsables con fines de estudio y documentación.

Dentro de la destacada labor que el Museo Etnológico desarrolla en torno al patrimonio cultural inmaterial de Navarra –llevando a cabo la documentación en formato audiovisual de distintos aspectos de la cultura tradicional– se sitúa este documental que detalla la historia de este museo desde sus orígenes hasta la actualidad.

Ocho personas cercanas al propio centro o al mundo de la Etnología en Navarra han sido entrevistadas con este fin, y en base a sus testimonios se narra el devenir histórico de esta institución y su situación actual.

En primer lugar se analizan los antecedentes y orígenes de un anhelado «Museo Etnográfico de Navarra», un proyecto varias veces frustrado desde mediados del siglo XX, cuando la Real Sociedad de Amigos del País propuso ya su creación, con la intención de situarlo en un local de la calle San Antón de Pamplona.

En 1966 surge el intento más serio de llevar a cabo un «Museo Etnográfico del Reino de Navarra». Desde la Institución Príncipe de Viana, órgano de gestión cultural de la Diputación de Navarra creado en 1940, y a través de su secretario José Esteban Uranga, se encomendó a Julio Caro Baroja un estudio para la creación de un museo etnográfico. Este destacado investigador elaboró un primer proyecto de contenidos y comenzó la recopilación de una colección de piezas que consideraba representativa y significativa del territorio navarro. En esta primera labor de recopilación también colaboró el estudioso de la Sakana José María Satrustegui.

Esto coincide en el tiempo con los años de docencia de José Miguel de Barandiaran en la Universidad de Navarra (1963-1980), de cuya cátedra saldrá el Grupo Etniker de investigaciones etnográficas. Con el fin de constatar los cambios producidos en nuestra sociedad en el

paso de la vida tradicional a la modernidad se creará en 1969 la revista periódica *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, y también en estas fechas se iniciará la producción de los documentales cinematográficos llevados a cabo por los hermanos Julio y Pío Caro Baroja, entre los que destacan *El Carnaval de Lanz* (1964) o *Navarra, cuatro estaciones* (1970).

En este ambiente tan favorable para los estudios etnográficos, la Institución Príncipe de Viana encomendó en 1968 a su arquitecto, José María Yárnoz, la elaboración de un proyecto arquitectónico que situara el nuevo centro museográfico junto al Museo de Navarra. Lamentablemente, el intento no pasó de la realización de los planos. En 1975 se barajó como sede la Sala de Armas de la Ciudadela de Pamplona, pero tampoco esta idea llegó a buen puerto.

En el año 1980, el llamado «fondo de Vera de Bidasoa», las primeras adquisiciones realizadas por Julio Caro Baroja, se trasladaron al Palacio del Príncipe de Viana de Sangüesa, bajo la supervisión del director de su Casa de Cultura, Francisco Javier Beúnza Arboniés, a quien se debe el incremento de los fondos de esta colección al incorporar las piezas de varios talleres artesanales locales con la intención de abrir un «Museo Etnológico de la Merindad de Sangüesa». Tampoco prosperó esta iniciativa y todos los fondos –1.968 objetos en ese momento– fueron a parar en 1992 al monasterio de Iratxe.

A partir de entonces se incrementa el número de piezas con numerosas donaciones y adquisiciones, alcanzando las cuatro mil cuando se firma en 1994 el acuerdo de creación del Museo Etnográfico con sede en Ayegui. Un año más tarde, coincidiendo con el fallecimiento de Julio Caro Baroja, se acordó añadir su nombre al título del museo, iniciándose las líneas de trabajo para dar forma al centro, así como las labores de inventariado de sus fondos.

Tristemente, la trayectoria de este proyecto museístico fue interrumpida bruscamente en junio de 2005, cuando el Gobierno de Navarra tomó la decisión de ceder las instalaciones del monasterio de Iratxe al Estado para su rehabilitación como infraestructura hotelera. Un año más tarde doce mil piezas etnográficas fueron depositadas en un almacén de la cercana ciudad de Estella, donde se encuentran desde entonces a pesar de no haber prosperado tampoco el proyecto de creación de un parador nacional en Iratxe.

A pesar de todo, el Museo Etnológico ha procurado continuar desarrollando su labor de recopilación, documentación, conservación y difusión de sus colecciones desde su sede estellesa, aunque permaneciendo cerrado para el público en general.

Este documental, por lo tanto, es un intento de dar a conocer un poco más este inacabado museo, la historia sin final feliz hasta la fecha de una institución que aguarda el momento en el que convertirse en un centro de divulgación de nuestro patrimonio y de nuestra identidad cultural, de constituirse en una destacada oferta turística donde confluyan personas de todo el mundo, y también pedagógica, donde nuestros estudiantes puedan conocer los modos de vida de un pasado no muy lejano; espacio en el que también los investigadores hallen un punto de encuentro en el que compartir y profundizar en sus estudios sobre la sociedad tradicional y su tecnología preindustrial.

Sin duda, la mayor aportación de este museo ha sido que se hayan logrado conservar más de quince mil objetos de valor etnográfico, una interesantísima colección donada en gran parte y creada gracias a la ilusión de muchas personas que creían en un proyecto que deseamos, un día no muy lejano, por fin pueda mostrarse en todo su esplendor.

David Mariezkurrena Iturmendi